

DOS FESTIVALES EN BILBAO

Esplendor de la canción vasca, gallega, catalana, occitana, flamenca...

BILBAO, 12.

CON un intervalo en la convocatoria de tan sólo cuatro horas se celebraron el sábado dos festivales de canción de características similares, cuya única diferencia estribaba en que mientras en el primero de ellos participaban cantantes de diversas procedencias españolas y extranjeras, en el segundo éstos se limitaban al País Vasco.

El festival internacional se desarrolló al aire libre en la plaza de Moraza, con una asistencia de público menor de la prevista. Entre los participantes sólo se contabilizó la defeción de Glemmor, uno de los pioneros de la canción bretona.

Abrío el festival el gallego Miro Casabella. De los tres senderos por los que discurre su trabajo —cántigas, canción tradicional y temas actuales—, fue este último el que eligió para su participación. La emigración, los embalses, la conquista de Galicia por Fernando de Acuña, el fusilamiento de Alexandro Bóveda en el 36, y otros temas referentes al pueblo y tierras gallegos los acompañó a la guitarra y a la sanfona, instrumento medieval en cuya revitalización anda empeñado el cantante. Miro Casabella cerró su actuación interpretando a la gaita el himno gallego.

A continuación, Maite Idirin, cantante vasca que actuó la más tarde, presentó al dúo flamenco Hermán y Piet, vestidos ambos con los colores nacionales, negro y amarillo, y actuaba por vez primera en España. Con sus cálidas voces, una guitarra y una flauta dulce, cantaron melódicos temas en los que fueron explicando cómo el pueblo flamenco ha llegado a poseer una cultura propia y está ahora tras la consecución de una economía y una política suyas. Referencias a Bruselas y a los francófonos a quienes dedicaron una deliciosa canción satírica, dejaron paso a «Euzkadi», un tema en el que dan su visión del País Vasco.

El vasco-francés Manex Pagola corrió con la actuación más desafortunada, a lo que contribuyó en buena medida su desastrosa forma de tocar la guitarra, inexplicable en un hombre que lleva desde el 68 en el movimiento de canción vasca.

CLIMA TRAGICO

Una de las notas vibrantes del festival fue la del catalán Rafael Subirachs, el que en otros tiempos se dedicase a po-

ner música a poetas catalanes y cuya labor hoy día se limita a los temas tradicionales. Al entonar «Els Segadors», un pequeño escalofrío recorrió la plaza, pues en pocas ocasiones una canción de tal intensidad dramática ha recibido una interpretación más sentida.

Luego le llegó el turno a Maite Idirin, exiliada en Francia durante algunos años. Demostró ser una cantante madura y sus buenas composiciones, en las que el ritmo se mide con precisión. Fueron de las que mejor calaron en el público. La hermosa y potente voz de Idirin fue acompañada por una guitarra acústica, que estuvo especialmente acertado en la canción dedicada a «La casa del padre» con reminiscencias sonoras del «blues» negro.

Los de Nadau, que inauguraron su actuación con un tema dedicado a Víctor Jara, representaron en el festival al pueblo occitano. El trío procede de Gascuña, una de las siete provincias que componen Occitania. Tras algunas canciones que hablaban de la postración de su lengua, de la vuelta al campo, etc., interpretaron acompañándose de un acordeón, primero el himno occitano y después un animado aire folklórico de su país.

El punto final lo puso el donostiarra Mikej Laboa, el mejor cantante vasco, el único que posee la gran talla de creador capaz de barrer fronteras si su música se da a conocer más allá del estrecho marco vasco. Cantó algún tema tradicional arreglado por él, completando su actuación con uno de sus temas experimentalistas: «Guernica». Es una pieza larga, en la que el ritmo monótono de su guitarra es acompañado por gritos desgarradores y lacerantes que sumen a los espectadores en el clima trágico de los sucesos de Guernica. Es de este modo, en directo, cómo su obra cobra todo su sentido. La expresividad vocal y el dominio de la guitarra son las armas de las que se vale Mikel Laboa para comunicarse en un grado tal que no es necesario saber euskera

para sentir de lleno las emociones que nos transmite.

OTRO FESTIVAL

El festival, que había empezado alrededor de las seis de la tarde, finalizaba así a las diez de la noche. A unos kilómetros de distancia empezaba entonces otro. Era en el polideportivo del popular barrio de San Ignacio, dentro del marco de la Semana Cultural Vasca de dicho barrio. El público en este caso era fundamentalmente obrero, con una edad media de los asistentes mucho más alta que la del anterior festival.

De los dos grupos que actuaron, el primero en hacerlo fue Lantzale, de Vitoria. Compuesto por dos mujeres y tres hombres, basa su música en las armonías vocales, quedándose muy corto en el acompañamiento instrumental a base de un par de guitarras sin especial relieve. Sus cantos estuvieron dedicados casi por completo al pueblo trabajador, en su condición de clase, a sus luchas y a su situación en las provincias vascas.

A Lantzale siguieron los bilbainos Oskorri, grupo con gran prestigio en la ría del Nervión. Son cuatro hombres y una mujer que electrifican sus instrumentos, entre los que, aparte de las guitarras, se encuentran un violín y una flauta. Su planteamiento nace de la necesidad de llegar a una renovación en la música y la estética vasca, orientándola por cauces más actuales sin renunciar por ello a un marcado clasicismo en las composiciones, que se aprecia con claridad.

Los logros alcanzados en discos están aún lejanos a sus actuaciones en directo, aunque éstas en ningún momento resulten deslucidas. Los magníficos textos en los que se apoya el grupo estuvieron encaminados en la actuación del sábado a potenciar la cultura vasca, y en particular hacia la materialización de una Universidad vasca. Nacho de Felipe y su grupo obtuvieron la total aprobación del público que casi llenaba las gradas del polideportivo. Sin embargo, el encuentro pudo haber sido mucho más cálido si no hubiera existido esa enorme distancia física entre el público, instalado en las gradas, y los grupos perdidos en la gran cancha del polideportivo, que confería al acto una cierta frialdad difícilmente salvable.